

sus ceremonias y expone admirablemente las verdades acerca de la naturaleza, unidad é inmutabilidad de Dios, enseña á su antagonista el misterio grandioso de la Encarnación, ruega al Príncipe Honorio ordene la abolición de los juegos ciríenses, y termina diciendo que las Vestales, lo más puro y espiritual que soñó el Paganismo, no merecían ponerse en parangón con las innumerables vírgenes del Cristianismo. Tanto por el mérito del conjunto, como por el valor literario de los pormenores, es la obra más completa que produjo la poesía cristiana del siglo IV. Palpita en todas sus páginas un espíritu acendrado de patriotismo y de amor á Roma, cuya grandeza y poder no atribuye á la protección de los dioses, sino al valor y á la sangre de sus soldados. De este modo, aunque hondamente español por su cuna, hábitos y cualidades, se muestra feliz en hablar de la gran ciudad y se cree en el derecho de defenderla contra los ataques de sus mismos hijos, los paganos, quienes la ultrajan atribuyendo su grandeza, no á los triunfos magníficos de sus mayores, sino al favor de Venus, Matuta ó Ceres; se esfuerza en demostrar que admira más que ningún otro las grandes cosas ejecutadas por los romanos, está penetrado hacia ellos de amor y reconocimiento, y les agradece, á nombre de los mismos pueblos vencidos, el haber establecido la paz y la unidad en el mundo.

ARTURO ACUÑA

(Concluirá)

CARTA

AL SEÑOR VICERRECTOR DEL COLEGIO

Septiembre 11 de 1908

Sr. Presbítero D. Jenaro Jiménez, Vicerrector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Muy estimado señor y querido amigo:

Escribo la presente carta para cumplir con el grato deber de dar á usted, y por su digno conducto á los Supe-

riores, Catedráticos y Colegiales de número del Rosario, cordiales y calurosos agradecimientos por los homenajes espléndidos de cariño que tuvieron la bondad de tributar-me con motivo del vigésimo quinto aniversario de mi ordenación sacerdotal, el día 8 de los corrientes.

Ese día fue para mí de intenso gozo, enturbiado por melancólicos recuerdos; de agradecimiento á Dios, de humillación ante mi propia conciencia. ¿Cómo no regocijarme, tributando acciones de gracias al Señor, porque me llamó al honor del sacerdocio, me ha conservado la vida por años que ya pueden llamarse largos, y me ha permitido celebrar este aniversario, rodeado de mi madre y hermanos; de mis compañeros de labor, de mis discípulos á quienes amo como hijos; de otros muchos amigos, tan buenos y consecuentes conmigo?

Mas, ¡cuántos me faltan de los que asistieron á la imponente ceremonia hace un cuarto de siglo! El venerable Pontífice que me impuso las manos; el pío sacerdote mi director espiritual y padrino de órdenes, dos de mis compañeros de presbiterado; mi padre amantísimo y casi todas las personas de mi entonces larga familia, que me pidieron la primera bendición, fervorosas y conmovidas. Y sólo Dios y yo sabemos los motivos de confusión que tengo al considerar el empleo que he hecho del tiempo, la manera como he correspondido á las gracias y mercedes divinas.

De los veinticinco años, he dedicado dieciocho al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, hogar de mi mente y de mi corazón, y lo que más quiero en la tierra, después de la casa de mi madre.

Lo amo por su Fundador egregio, por sus colegiales ilustres, por sus anales casi tres veces seculares que se amalgaman y confunden con la historia gloriosa de los mejores tiempos de la Patria. Amo nuestras constituciones venerandas, las tradiciones del Instituto, el espíritu que lo anima; la modesta capilla con la imagen de la Reina del cielo, bordada por una reina de la tierra; las vastas

y dismanteladas aulas, los larguísimos y anchos corredores, y hasta las golondrinas que, al caer de la tarde, revuelan y gorjean en las arcadas y los aleros de los vetustos tejados.

Nada, pues, para mí como rememorar el acto más grande de mi vida, en la capilla donde he dicho misa y predicado tantos años; á los pies de nuestra dulce Bordadita, al lado de la tumba de Fray Cristóbal de Torres, rodeado de lo que más quiero en el mundo.

No sé cómo expresar mi gratitud á nuestro venerado y santo Arzobispo por la prueba de bondad que me ha dispensado, al condescender con los deseos de ustedes y oficiar de medio pontifical en la misa. El fue mi Rector y mi Catedrático de Teología; me acompañó el día de mi ordenación y me sentó á su mesa; me consoló en la pena más honda de mi vida; me ha colmado después de inmerecidas muestras de confianza y cariño. Varios de los Ilmos. Arzobispos y Obispos colombianos, presentes en la Capital con motivo de la Conferencia episcopal convocada por el Sumo Pontífice, también se dignaron honrar la fiesta con su sagrada presencia. Reciban el testimonio de mi reconocimiento.

Tuve el placer de ver también á mis hermanos en el sacerdocio, con quienes soy un solo corazón y una sola alma, porque ellos y yo lo somos con nuestros Prelados y con el Pontífice Supremo.

Hicieron oficio de diáconos dos jóvenes levitas, ambos discípulos míos muy queridos; y celebró el Santo Sacrificio usted, mi hermano del alma, mi compañero en la ardua tarea del gobierno del Colegio.

Yo no puedo pagar á maestros y alumnos, ni á mis superiores civiles y eclesiásticos (1), ni á mis demás amigos,

(1) El Excmo. Sr. Presidente de la República se hizo representar dignamente en la fiesta por el Sr. Secretario General de la Presidencia; y el Excmo. Sr. Delegado Apostólico, por su Auditor Monseñor Filipino Cortesi, quien por su parte me dio espléndida muestra de estimación y afecto.

las bondades de que me han hecho objeto en estos días.
Reciban de Dios la recompensa, y, cuenten con el afecto
y gratitud de quien se repite

De usted amigo y servidor afectísimo,

RAFAEL M. CARRASQUILLA

ACUERDO NUMERO 5 DE 1908

sobre honores á la memoria del Sr. D. JOSÉ MANUEL MARROQUÍN

LA CONSILIATURA

del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

con motivo de haber fallecido ayer, en esta ciudad, el Sr. D. JOSÉ MANUEL MARROQUÍN, Rector, Catedrático y Patrono que fue de este Colegio Mayor; varón que consagró noblemente los mejores años de su vida á la enseñanza católica de la juventud; alcanzó con justicia puesto preeminente entre los escritores y literatos colombianos, y dio un último ejemplo de virtud, con su cristiana muerte;

CONSIDERANDO

Que es deber impuesto por las tradiciones del Colegio el de honrar el recuerdo de sus maestros y superiores distinguidos, el de los hombres que han merecido bien de la educación pública, el de los que han ilustrado la Patria con el cultivo de la Poesía y de las Buenas Letras:

ACUERDA

1.º El Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario deplora la muerte del Sr. D. JOSÉ MANUEL MARROQUÍN y tributa homenaje de afectuoso respeto á su memoria.

2.º Todo el Colegio asistirá en corporación á las exequias que se celebrarán mañana en la Catedral Primada.

3.º El día que el Sr. Rector designe, se harán, en la Capilla del Colegio, unas Honras en sufragio del alma del ilustre finado.